

DE LOS VASCOS

EL estudio diario de los más complejos problemas abre constantemente nuevos horizontes, penetrando el rayo de luz de la ciencia por donde hasta ha poco estaba sumido en las cerradas tinieblas del absoluto desconocimiento.

Esta labor constante, ininterrumpida, perseverante, ha permitido a los sabios ensanchar los horizontes del conocimiento humano, alcanzando hasta las más lejanas perspectivas gracias al concurso de la paleontología y de la arqueología prehistórica.

Prescindiendo de los estudios destinados a desentrañar el pasado en otros continentes y concretandonos a esta Europa de que formamos parte, no podemos menos de saludar la aurora de los descubrimientos prehistóricos, si bien no tengan éstos aún la amplitud y certeza de la antigüedad oriental, más abundante y copiosa en elementos de estudio y juicio.

Lo que sí nos consta de un modo decisivo y terminante es que, con anterioridad a la inmigración de los celtas, a la llegada de griegos y latinos, al establecimiento de las primeras colonias egipcias o fenicias, existía ya una Europa civilizada, cuya civilización era ciertamente distinta y aun inferior a la de las naciones arianas e índicas, pero desde luego era una civilización que estaba muy por encima de los pueblos salvajes.

Pues bien, impuesta la ley del invasor, dominada en absoluto por las razas inmigrantes, aquella civilización primitiva, indígena, que acabamos de insinuar, desapareció por completo, no dejando de sí rastro de su existencia.

Pero donde no hay pruebas se recurre a los indicios, se aprovechan los menores elementos en que fundar conjeturas y apreciaciones, y de deducción en deducción, pero siempre bajo un sistema razonable y científico, se descubre al fin y se aclara el punto oscuro origen de las investigaciones.

Así el geólogo, basándose en algunos islotes que se descubren en los océanos, adivina y reconstruye un continente sumergido. Por alguna roca saliente destacándose en el imponente vaivén de las olas inquiere y adivina el arqueólogo los secretos de lo que fué la civilización primitiva de la Europa prehistórica.

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos realizados, fuerza será confesar que no poseemos aún hechos ni datos suficientes que permitan establecer conclusiones bien definidas respecto de la materia a que nos venimos refiriendo.

Ofrecía Egipto sus misteriosos jeroglíficos. En la India se tenían el sanscrito y los vedas. La Asiria conservaba los cilindros y ladrillos con caracteres cuneiformes. También en Europa se encuentran ciertas inscripciones grabadas quizás por los contemporáneos de Accad y de los primitivos egipcios; pero esas inscripciones no han podido ser aún descifradas de una manera racional que aleje toda sospecha de desacierto, y sólo han servido hasta el presente para ingeniosos torneos entre los sabios, eruditos y hombres de ciencia,

El sabio publicista vitoriano D. Eduardo de Velasco, concretó en una notabilísima Conferencia dada en el culto Ateneo de la capital alavesa, y reproducida más tarde, con muy buen acuerdo, en las páginas de la veterana EUSKAL-ERRIA, concretó, decimos, cuanto los investigadores más célebres han deducido en sus difíciles escauceos por tan compleja materia.

Los resultados que se desprenden de la erudita labor del docto escritor vitoriano, arrojan la misma lamentable conclusión: no se ha podido hacer luz aún, en las tinieblas en que yacen las inscripciones prehistóricas de la Europa.

El idioma etrusco es aún hoy casi un misterio. Las *letras desconocidas* de la antigua Iberia, rompecabezas de tantos investigadores eminentes, aguardan todavía el afortunado Champollion que las descifre. Los documentos escritos son raros y de minúscula extensión.

Los autores clásicos refieren que estos idiomas tenían una literatura, había leyes escritas, anales, poemas compuestos con arreglo a un

arte métrico primitivo. Debieron tener todo eso que dicen los autores, pero nada ha llegado hasta nosotros.

Toda esa literatura, todo ese caudal escrito, era ya incomprendible en tiempos de Estrabón; calcúlese de ahí lo que podrá ser en nuestros días.

Ha habido, pues, necesidad de cambiar de rumbo en los estudios prehistóricos, y para ello se impone con fuerza avasalladora el fijarse en el único monumento viviente que se conserva de los tiempos prehistóricos de Europa: el pueblo vasco, su antropología, su maravilloso idioma.

Su idioma, sí; ese euskera tan vejado y vilipendiado por espíritus mezquinos incapaces de elevar la mirada por encima de bajas pasiones y mezquinos y ruines intereses, es el faro luminoso adonde se dirigen los sabios para desentrañar la intrincada maraña de la prehistoria europea.

Cuando muchos vascos, con criminal displicencia, desprecian y destierran de sus hogares la melodiosa lengua que amorosamente meció su cuna, los sabios extranjeros inician con noble empeño el estudio del milenarismo idioma.

¿Señalaremos algunas pruebas en confirmación de nuestro aserto? Allá van los títulos de algunas de las obras publicadas:

«Berichtigungen und Zusätze über die Cantabrische, oder Baskische Sprache», von Wilhem von Humboldt. Berlin, 1817.

«Etudes grammaticales sur la langue euskarienne», par A. Th. d'Abbadie y S.-Augustin Chaho. Paris, 1836.

«Le Verbe basque», par l'abbé Inchauspe. Paris, 1858.

«Essai de Grammaire de la langue basque», par W.-I.-Van Eys. Amsterdam, 1867.

«Le Verbe basque en tableaux», accompagné de notes grammaticales, selon les huit dialectes de l'euskara, par le prince L.-L.-Bonaparte. Londres 1869.

«Essai sur la langue basque», par François Ribary, traduit du hongrois avec des notes complémentaires, par Julien Vinson. Paris, 1877.

«Grammaire comparée des dialectes basques», par W.-Van Eys. Paris, 1879.

Y así tendríamos materia para llenar un libro si fuéramos anotando todas las publicaciones que acerca de nuestra lengua han aparecido en el extranjero.

El número de trabajos de esta índole ha aumentado considerablemente estos últimos años; y no sólo se publican libros, sino que estudios de gran interés filológico, relacionados con el euskera, aparecen en revistas y folletos.

Toda esa labor la realizan los extranjeros, pues en las mismas obras que hemos señalado, sólo el «Abbé Inchauspe» es vasco.

Doloroso es ver que los extranjeros atiendan con tan perseverante afán al estudio de nuestra lengua ancestral, mientras aquí, en su propia cuna, se califica de *chiflado* al vasco de corazón que rinde a su lengua el tributo a que lógicamente está obligado.

El euskera pertenece al segundo grupo de idiomas, o sea a los aglutinantes; estando incluido entre las lenguas aglutinantes finno-urales de la Europa septentrional, y las aglutinantes de la América del Norte.

No vamos, en este supuesto, a señalar relaciones entre la lengua euskara y algunas otras lenguas, pues tal camino lo hallamos erizado de despropósitos que la fantasía ha derramado con peligrosa prodigalidad.

Las conclusiones de relación que hemos afirmado antes, son resultado del estudio y comparación de las formas gramaticales y sobre todo del verbo.

Más expuesto a errores es cuanto se funda en el léxico; y precisamente éste es el preferido ordinariamente por los fabricantes de fantasías lingüísticas, que, sin la preparación debida, pero con exceso de imaginación, inundan de charadas y acertijos la serena región de la ciencia filológica.

En el vocabulario euskérico, al igual de lo ocurrido en algunos otros idiomas aglutinativos, se han introducido muchísimas palabras que son por su origen célticas, griegas, latinas, lemosinas, españolas, francesas; voces, en fin, procedentes de casi todas las lenguas habladas por los pueblos y razas con que los vascos han tenido algún contacto o relación.

El *baskuentzismo* no es ciertamente producto exclusivo de nuestros días. En todas épocas se ha señalado esa perturbadora manía de adoptar palabras extrañas; a veces por tratarse de voces nuevas cuya correspondencia brindaban las abundantes raíces que ofrece la lengua misma; otras veces por el mero capricho de apropiarse voces ajenas, sin más razón ni fundamento.

Pasados los años, todo ese exotismo trasplantado al acerbo de nues-

tra lengua, adquiere carta de naturaleza y su extirpación produce una verdadera cruzada por parte de los guardadores del *statu quo*.

Así oíamos a alguien que con verdadera sorpresa señalaba la rara coincidencia de que la palabra *alkandora* se empleara también en Tán-ger; y al indicar el exotismo de la voz en cuestión, nos replicaba con ademán de protesta: si nuestros *baserritarras* emplean dicha palabra.

La autenticidad de las voces estriba, pues, según estos *baskuenzistas*, en que la empleen o no los *baserritarras*. En cuanto usen éstos *kaballua* y *sonbrerua*, ya las tenemos admitidas en el léxico vasco, por derecho propio.

En cuanto a las voces nuevas, seguimos el mismo procedimiento. Ahí tenemos el submarino. causa hoy de tantas preocupaciones; para hallar su correspondiente euskérica, nos ofrece nuestro idioma las voces *ichasoa* = mar y *be* o *azpi* = abajo; pero prescindimos de todo y nos lanzamos por los vericuetos de euskerización de todos los erderismos conocidos, y llamamos sin empacho *sumarinua*, como al aliadófilo llamamos *aliadofilua* y al germanófilo *germanofilua*, y aun al aeroplano *aereoplanua*, esto último, a pesar de que los *baserritarras* con su autoridad académica ya reconocida, la bautizaron con el nombre, *sui generis*, de *chori prantzesa*.

Siendo, pues, antiguo este mal que tanto lamentamos, y habiendo producido tales estragos en nuestro léxico, considérese a cuantas teorías absurdas, erróneas y desde luego incompletas ha dado lugar al examinar los sabios en el supuesto de que las voces eran de una autenticidad euskérica indiscutible.

Por esa razón el estudio de las formas gramaticales ha dado un resultado muy superior al del vocabulario.

L. ALONSÓTEGUI

(Continuará.)

DE LOS VASCOS

(Continuación.)

A pesar de lo antes manifestado, tiene sin embargo el vocabulario, con las aclaraciones y distingos que oportunamente apuntamos, grandísimo interés para el esclarecimiento de ese pasado que excita la atención de los hombres escrudinadores de la antigüedad desconocida.

Muchos son los autores que han dedicado el fruto de sus vigiliass a estos problemas de tan excepcional interés, y en cuanto se refiere al especial aspecto en que nosotros examinamos la cuestión, merecen citarse Max Muller, en su «Lectures on the Science of language», y A. Baudrimont en su «Histoire des Basques ou Euskaldunac primitifs».

Estos y otros muchos autores han demostrado plenamente que de las palabras de un idioma puede deducirse el estado de civilización de quienes aquel idioma emplearon.

Así, analizando el Sanscrito y los idiomas aryanos o índicos, sabemos el estado en que los pueblos correspondientes se hallaban antes de la grande emigración desde las llanuras del Asia central. Sabemos que aquellos pueblos conocían la agricultura en la forma primitiva de las razas nómadas, contando para ello con adecuados instrumentos de labranza. Sabemos asimismo que habían conseguido domar la mayor parte de los animales que hoy conocemos con el nombre de domésticos. Fijado tenían ya en aquella primitiva y lejana época su estado social, constituida la familia, organizadas las tribus con sujeción a leyes y jefes determinados, y con relaciones políticas entre sí.

Todo esto se ha deducido del estudio razonado de los vocabularios del Sanscrito e idiomas aryanos e índicos, e igual resultado ha de darnos si aplicamos el análisis metódico del vocabulario vasco, para des-

cubrir las noticias pertinentes a la primitiva civilización del pueblo euskaro, anterior a todo contacto con las razas aryanas.

Este método nos ha demostrado que los vascos conocieron la Edad de piedra, como nos lo comprueban buen número de vocablos castizamente euskéricos y que sirven para designar ciertas armas e instrumentos. En todas esas voces figura como elemento principal *aitz*, piedra.

Entre dichos vocablos podemos señalar: *aitzur*, azada; *aizkora*, hacha; *aizto*, cuchillo; *aizturak*, tijeras; *izkillu*, arma; *azkon*, azcona; *azaga*, asagaya; *ezpata*, espada.

Ya se sabe que el euskera es un idioma aglutinativo y como tal es anterior a cualquier otro idioma flexional de Europa. Sin embargo, es evidente que la raza arya invadió la Europa mucho antes que otros pueblos de lengua aglutinativa.

El carácter del idioma no basta para determinar la prioridad de ocupación en la actual península ibérica; pero en cambio podemos recurrir con este fin a los autores griegos y latinos y podemos proceder al estudio de los nombres geográficos por aquéllos conservados.

Es evidente que los vestigios de un idioma antiguo o desaparecido se conservan mucho tiempo en la toponimia o en los nombres geográficos.

Buena prueba de ello nos ofrece el mapa de Francia con los nombres célticos, y el de América con los mejicanos o de los pieles rojas.

Al igual que los seres orgánicos, las lenguas tienen un período de desarrollo y de madurez, y aun en ocasiones de decrepitud. Con el transcurso del tiempo se alteran y modifican las lenguas en su sintaxis y en su vocabulario.

¿Ha ocurrido así con el euskera? Negamos que haya experimentado transformaciones fundamentales, y únicamente admitiremos con Vinson que el euskera «ha evolucionado lentamente desde los tiempos prehistóricos».

Cierto es que, en cuanto al vocabulario, hase alterado por pérdida de algunas voces indígenas, y mucho más por la espantosa invasión de erderismos, en cuyo extravío hemos alcanzado a los inconcebibles *kaballua* y *bentania*.

Pero en cuanto al mecanismo, a la sintaxis y a la conjugación no se ha operado transformación apreciable; se han olvidado quizás algunos casos de la conjugación, pero se han conservado los tipos generales.

Y es que las lenguas aglutinativas, como es el euskera, por razón

de su especial formación, resisten las mudanzas de los tiempos mucho más que las lenguas de flexión.

En los autores griegos y latinos no es la veracidad y autenticidad de los nombres toponímicos cualidad que resalta tratándose de lenguas extrañas a la suya.

Estrabón y Mela, lamentábanse de la imposibilidad de expresar con pronunciación griega o latina los nombres de la geografía ibérica.

Entre esos nombres encontramos descriptivos como *Mendigorri*, monte rojo; *Iberri*, villa nueva; y otros muchos.

En el mapa de la antigua España y Galia aparecen dos *Mendiculeia*, dos *Iliberri*, tres *Iluro*. También hay que recordar *Iria Flavia*, la ciudad famosa de la emperatriz Flavia.

Estos datos impulsan a un autor de nota, a afirmar que en tiempos pretéritos hubo en la península ibérica un pueblo que hablaba una lengua análoga al actual euskera y que ese pueblo se extendía en el Mediodía de Francia hasta la línea paralela del río Adour.

L. ALONSÓTEGUI

(Continuará.)

DE LOS VASCOS

(Continuación.)

Refiriéndose a los Turdetanos de la Bética, dice Estrabón, que desde hacía seis mil años tenían algunas obras escritas, anales, leyes, poemas compuestos con sujeción a reglas métricas características.

Afirma asimismo, que los demás iberos tenían su especial y propia escritura con signos, caracteres o letras distintos los unos de los otros, como eran distintos los respectivos idiomas o dialectos y hasta la misma pronunciación.

De todo ese arsenal literario encomiado por los historiadores de la antigüedad, puede decirse que no nos queda absolutamente nada. Pues aunque existen esas inscripciones llamadas ibéricas y aun cuando ha podido reunirse en diferentes lugares de España y en el Mediodía de Francia cierto número de monedas primitivas, es lo cierto que no ha habido manera de descifrar el contenido de esas enigmáticas leyendas e inscripciones.

Y han sido nulos cuantos esfuerzos se han hecho para penetrar en el secreto de esas leyendas, a pesar de que en algunas de las inscripciones, los escritos llamados ibéricos aparecen acompañados de letras y palabras latinas.

Grandes esfuerzos se han hecho para formar un abecedario, habiéndose realizado ensayos o tentativas muy razonados; pero ni han podido descifrarse las enigmáticas inscripciones ni probar la bondad de los alfabetos formados.

El texto más extenso que se conoce es el llamado texto de Castellón de la Plana, que se descubrió en 1851 y está grabado en una lámina de plomo de cuarenta y tres centímetros y medio de larga por cuatro de ancha. Consta de cuatro renglones de treinta y cuatro centi-

metros cada uno, conteniendo veintiún palabras compuestas de ciento cincuenta y tres caracteres o letras perfectamente conservadas. Otras inscripciones se han encontrado grabadas en piedra, pero son de menor extensión.

No han sido en menor número las monedas halladas, pues en 1879 sólo en Barcus, inmediaciones de Olorón, se encontraron de una sola vez muy cerca de mil ochocientos ejemplares.

Aquellas monedas celtibéricas han sido objeto de prolijos estudios por parte de celebridades en el arte numismático y por sabios escudriñadores de la ignorada antigüedad.

Entre ellos hemos de colocar en primera línea a nuestros eximios paisanos los ilustres Erro y Astarloa, que tanto se afanaron por descubrir con la antigüedad de nuestra lengua venerada, la prehistoria del pueblo que tiene en el euskera su timbre más glorioso y su blasón de noble hidalguía.

Pero más aún que los vascos, por sensible que nos sea la confesión, han intervenido los extranjeros en esta plausible empresa. De entre ellos podemos citar a Sauley, Lorch, Heiss, Boudard, Barry; y en cuanto al punto concreto de la inscripción de Barcus, merece especial mención una Memoria de Mr. Taillebois en el «Boletín de la Sociedad de Borda». Con respecto a la inscripción de Castellón de la Plana hay que señalar un folleto de Jorge Philips y un trabajo de A. H. Sayce, publicado en 1877 en la revista *La Academia*, de Madrid.

Pues bien, de todos los trabajos realizados por las distintas personalidades que en el asunto han intervenido, sólo se deduce una desoladora confesión de impotencia. La solución no aparece hasta ahora por ninguna parte.

Ha habido que abandonar el empleo del euskera como clave para descifrar las incógnitas inscripciones. Qué más, aun se sospecha y con muy fundadas razones en que las tales inscripciones no corresponden a un solo idioma sino que son varios y distintos.

Ya Estrabón manifestaba que en la Península ibérica había varios idiomas, diferentes entre sí, y esto parece comprobarse examinando con detención las inscripciones a que nos venimos refiriendo.

Si prescindiendo de los conceptos expresados nos limitamos a examinar los caracteres en sí, aun hallamos detalles dignos de estudio. Se parecen bastante a los de los abecedarios carios, cipriotas y algunos otros del Asia Menor. Examinando las monedas a través del prisma

artístico sus grabados nos recuerdan el estilo griego asiático; los ginetes tienen movimiento, los caballos están bien dibujados; no eran ciertamente bárbaros quienes con tal perfección acuñaban sus monedas.

No responden, pues, los resultados a la laboriosidad e inteligencia empleados. Pero, presos de fatal pesimismo, ¿desistiremos, perderemos las esperanzas de hallar satisfactoria solución? Eso no. Cuando se han llegado a leer los jeroglíficos de Egipto, los caracteres asirios y sumerios no debe abandonarse la esperanza de llegar a interpretar «las letras desconocidas» de la primitiva Iberia.

De la religión de aquellos pueblos se tienen asimismo escasas noticias. Las inscripciones latinas mencionan dioses desconocidos, dioses admitidos a la hospitalidad del Panteón romano con nombres latinos.

Los vascos tenían ciertamente una religión precristiana que, si hemos de creer a Chao y algunos otros escritores, era del más puro monoteísmo.

No debieron tener, sin embargo, templos erigidos para el culto de su religión primitiva, porque en caso afirmativo tendrían también su nombre adecuado, que lo aplicarían seguramente a las iglesias levantadas a la nueva religión.

La voz primitiva *aitzur* sigue empleándose todavía a pesar de que los instrumentos no son de piedra sino de acero, se sigue llamando *aberatz* a los ricos aunque éstos no tengan nada de ganaderos, y así las voces antiguas siguen empleándose para los nuevos elementos que sustituyen a los primitivos.

En idéntica forma, si los vascos hubieran tenido una voz con que designar los templos erigidos anteriormente al Cristianismo, la hubieran aplicado a las nuevas iglesias. Más exacto aún: si hubieran existido esos templos anteriores a la religión cristiana, tendrían la voz indispensable para denominarlas, y esa voz la hubieran aplicado, sin género de duda, a las iglesias de nueva creación.

Pero no sucedió así, sino que la única voz que conocemos es *eleiza*, cuya procedencia latina salta a la vista; y ello nos revela que los vascos no tuvieron otra voz anterior a esa y en consecuencia tampoco elevaron templos para el culto de religión alguna precristiana.

El primer templo levantado por los vascos fué, pues, ofrendado al Dios verdadero, dedicándose al culto de la religión romana, de cuya lengua oficial se adoptó el nombre con que se sigue designando.

La antigüedad del uso de la voz *eleiza* en euskera, nos lo demuestra, aparte del hecho de entrar en la formación de muchos apellidos vascos (Eleizondo, Eleizalde, Eleizegui, Eleizechea, etc.), el «Códice de Calixto II» que se conserva en Santiago de Compostela y que procede del siglo XII. En dicho documento aparece la voz *elizera*, como correspondiente al latín *ecclesiam*, de que procede.

Por todo ello vemos con pena el empeño manifiesto en desechar esta voz, sustituyéndola por otra castizamente euskérica. Comprendemos que tratándose de templos dedicados a otros cultos distintos del católico se les designara con los aludidos neologismos, pero a las iglesias católicas las seguiríamos llamando *eleiza*, cuya voz nos descubre un hecho histórico que nos llena de satisfacción.

L. ALONSÓTEGUI

(Continuará.)



DE LOS VASCOS

(Continuación.)

Tenían, pues, los vascos su religión pre-cristiana, pero respecto a ella sólo conjeturas pueden apuntarse, pues no existen pruebas para determinar con alguna autoridad el carácter de la misma.

El nombre de Dios en euskera ha sido siempre «Jaungoikoa», o por frecuente abreviatura «Jainkoa», «Jinkoa». Su significación es bien conocida, el Señor de arriba o más bien de lo alto: «Señor de las alturas».

El príncipe L. L. Bonaparte, en sus disquisiciones acerca de la lengua euskara, apuntaba que en el dialecto del Roncal se distingue a la luna con el nombre de «goiko».

De ahí ha querido deducirse que la voz Jaungoikoa pudo ser sincopada de «Jaungoikokoa», el Señor de la Luna, o quizás «el Señor Luna».

Para confirmar esta hipótesis se ha recordado que Estrabón, hablando de los celtíberos y de sus vecinos del Norte, decía que todas las noches del plenilunio danzaban en honor de alguna divinidad sin nombre.

El mismo autor latino, tratando de los turdetanos, nombre con que él designaba a todos los llamados iberos de la Bética, afirma que tenían un templo dedicado a la estrella de la mañana, que ellos llamaban «luz dudosa».

Desde luego que no aceptamos para los vascos esa noticia de que tuvieran templos, porque, como hemos dicho antes, de haber tenido templos tendrían irremisiblemente nombres con que designarlos, y seguramente que los hubieran conservado al consagrarse a la religión

verdadera. Pero no ocurrió esto último; las iglesias católicas levantadas en el país vasco fueron designadas con el nombre latino de *eleiza*, señal inequívoca de que anteriormente no existían nombres con que designar templos, y en última consecuencia no se conocieron tampoco templos anteriores al Cristianismo.

Pierde con esto toda su eficacia el argumento empleado para robustecer la primera afirmación de los templos dedicados a la estrella de la mañana; esto es, que aun en el día y en cierta época del año, los pastores vascos distinguen con el nombre de *arte-izarra*, estrella de en medio, a la que se distingue entre la noche y el día.

Refiere Sillio Itálico que los celtíberos entregaban a los buitres los cadáveres de sus parientes, para que de este modo gasasen el cielo, y aplicando este hecho a los primitivos vascos, se quiere deducir que la religión de éstos era el culto de los elementos de la Naturaleza. Hipótesis, sin fundamento serio.

Tampoco ha podido comprobarse la costumbre del empollamiento entre los vascos; esto es, el de levantarse del lecho la recién parida y ponerse en su lugar el marido. Se les ha atribuido dicha práctica, pero sin pruebas que lo justifiquen y sumando con ello una fantasía más sobre las muchas que corren por ahí con idéntico fundamento.

Hasta ahora, pues, el idioma, la toponimia clásica, la numismática, las inscripciones y los autores antiguos, han dado resultados excesivamente modestos en el noble afán de descubrir la ignorada prehistoria del pueblo vasco. Esperemos que nuevos trabajos y nuevas investigaciones ofrezcan resultados más positivos.

Otras fuentes pueden explorarse para la consecución de la finalidad apuntada, y entre éstas merecen lugar principal la antropología y la arqueología prehistórica.

La antropología, en el concepto que ahora tratamos, es ciencia relativamente de reciente iniciación, pues cabe afirmar que fué Blumenbach el primero que despuntó en esta clase de estudios.

El doctor Broca se afanó en aplicar la nueva ciencia al estudio del problema vasco y comparó unos cráneos sacados de diferentes lugares comprendidos en nuestro litoral: San Juan de Luz, Zarauz y Bilbao.

Halló algunos bastante bien caracterizados, eran dólico-céfalos, pero de una dólico-cefalia *occipital*, no frontal, como se advierte en los cráneos de la raza dólico-céfala del Norte de Francia; el ángulo facial era bueno; algunos ejemplares serían *opistognatos*, mas que *prognatos*; las

facciones eran finas y delicadas, pero el contorno del cráneo no estaba del todo en relación con la belleza de forma de la parte anterior.

Levantó el Sr. Broca un mapa, en el que, con los colores blanco, gris y negro, clasificaba los departamentos franceses por el color de los cabellos, la tez, la estatura de sus habitantes y el número de exenciones del servicio militar.

Proponíase probar, por este procedimiento, que los progenitores dólico-céfalos, morenos y de baja estatura, debían corresponder a la raza vasca.

No podemos, sin embargo, conformarnos con este criterio, a pesar de la reconocida autoridad del ilustre sabio que lo emitió y lo mantuvo con más entusiasmo que fortuna.

Precisamente, los departamentos franceses donde mayor número de habitantes de tez morena se advierten, no corresponden a los habitados por los vascos. Más morenos se hallan en el centro y sudoeste que en la vecina vertiente pirenaica. En la antigua Gascuña, con excepción de Las Landas, no se encuentran sino raramente ojos negros, dominando los pardos, como dominan también los pardos en las antiguas regiones vascas de Lapurdi y Zuberoa y en la merindad navarra Basse Navarre.

Se puede afirmar en conclusión que, lejos de ser más morenos o más bajos que los bearneses, sus vecinos vascos son por regla general más altos, y abundan entre ellos los rubios, predominando los ojos pardos.

El antropólogo español Francisco Zubino, nota en los vascos los restos de una raza rubia, esbelta, parecida a la que figura en los monumentos egipcios entre los pueblos de la Libia occidental y cuyos representantes modernos se reconocen en algunas tribus berberiscas o en los habitantes de la Sierra de Ronda en Andalucía.

El P. Fidel Fita descubrió en Santiago de Compostela un manuscrito del siglo XII en el que se dice «Bascli facie candidiores Navarris approbantur». Esto es: «Los vascos tienen la tez más clara que los navarros ».

Prescindiendo de esa caprichosa distinción de vascos y navarros, creemos interpretar el sentido del viejo código, como expresión de que los vascos en general eran de tez clara.

También el catedrático de Antropología de la Universidad de Madrid, Dr. Manuel Antón, ha señalado, con respecto al tema que tratamos, algunas teorías un tanto discutibles.

Dos elementos étnicos, el semita y el ibérico, constituyen, en opinión del Sr. Antón, los componentes preponderantes de la actual población española.

Supone que en la época neolítica se extendía por todo Europa el *Homo iberus* o tipo ibero dólico-céfalo, cuyo índice cefálico era 76.

Y supone más. Supone que la raza citada se dividió al cabo de los tiempos en otras dos: una dólico-céfala, de individuos altos, rubios y de ojos azules; otra de talla más reducida y de más oscuro color. Esta última es la raza semita; la primera se supone que es la vasca.

Una teoría más, que, en resumidas cuentas, no alcanza a iluminar el fondo oscuro de la prehistoria vasca.

Más dignos de atención son los trabajos que viene realizando con admirable constancia y nobilísimo afán el ilustre antropólogo vasco D. Telesforo de Aranzadi.

Son innumerables los trabajos realizados por el sabio antropólogo en el examen de cráneos recogidos en diversas localidades del país vasco. Sus resultados y opiniones, valiosas y autorizadas siempre, se hallan repartidos en libros y folletos y han honrado las Revistas del país y extranjeras.

Ninguno, seguramente, ha llegado a estudiar tan profundamente, como el Sr. Aranzadi, la difícil ciencia aplicada a la raza vasca.

No por eso hemos de considerar como resuelto un problema en cuyo derredor se han forjado tantas y tan extrañas teorías; pero la marcha iniciada y proseguida con celo de apóstol por el Sr. Aranzadi, hace presagiar grandes avances en tan intrincada materia

L. ALONSÓTEGUI

(Concluirá.)



DE LOS VASCOS

(Conclusión.)

La arqueología es otra de las ciencias llamadas a desentrañar el misterioso enigma del pasado, arrancando de los restos abandonados por ignoradas generaciones el secreto de su existencia, de su civilización y de su cultura primitiva.

Hasta hace algunos años era muy común la creencia, aun entre los versados en estas materias, que los monumentos megalíticos, dólmenes y menhires no existían en el país vasco.

El Sr. Tubino, atendiendo al gran número de esta clase de monumentos hallados en Argelia, se inclinaba a creer que los iberos fueron los constructores de las misteriosas «piedras de las hadas».

Por su parte el Sr. Fergusson afirmaba que eran de la época de los romanos, sin que falte quien los suponga del tiempo de la aparición del Cristianismo, mientras otros los atribuyen a los celtas.

Pero ¿sería posible que en las dos vertientes pirenaicas que habita el pueblo euskaro, en sus numerosas y vastas cuevas, en sus depósitos de turba o fósiles, en sus minas abandonadas y, en una palabra, en sus bosques y montañas no hubiera restos arqueológicos, mudos testigos de su misterioso pasado?

¿Era de creer la extravagante paradoja de que en el país donde, sin género de duda, se conserva la lengua más antigua de Europa, faltaran esos monumentos megalíticos que con tal profusión aparecen en regiones habitadas por razas y pueblos más modernos que el nuestro?

La ciencia no reconoce hoy los dólmenes como elementos de pueblo o raza determinado, sino que los considera como representación de

una época o estado social rudimentario común a los pueblos primitivos, aunque éstos fueran distintos entre sí.

Consecuencia ineludible de esta premisa, es que en el lugar habitado por este pueblo vasco, cuya antigüedad está fuera de toda duda, debían existir inexcusablemente esos monumentos megalíticos.

Pronto quedó confirmada semejante e incontrovertible suposición.

El primer ejemplar que hizo fijar las miradas de los diligentes investigadores fueron los ciclópeos peñascos que sirven de altar en el santuario vizcaíno de San Miguel de Arrechinaga. Sin embargo y con relación a estas extrañas rocas, no ha podido aún ponerse en claro si se trata de un fenómeno natural o son producto de la labor del hombre en la época prehistórica.

En la llanada de Alava se descubrieron diferentes dólmenes, de los que merecen especial mención los de *Eguilaz* y *Aguirrezabala*. También fueron descubiertos algunos otros en el valle de Cuartango, por los Sres. Becerro y Manteli. De estos hallazgos daba extensa cuenta don Ladislao de Velasco en su obra «Los euskaros en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya».

Posteriormente se han seguido con fruto estos interesantes estudios por personalidades alavesas de reconocido prestigio.

La iniciativa en Navarra de estas laboriosas investigaciones se debe al benemérito patricio D. Juan Iturralde y Suit, que tan copiosa labor desarrolló en vida en pro de los estudios vascos.

A sus pacientes e inteligentes pesquisas se debe el descubrimiento de los dólmenes: «Pamplona'gañeko trego arriya», «Aranzadie'ko trego-arriya», «Otso-pasaje-ko trego-arriya», «Zubeinta'ko trego-arriya», «Arzabal'ko trego-arriya», «Urdenai'ko trego-arriya», «Luperta'ko trego-arriya», «Armendia'ko trego-arriya», «Seakoain'ko trego-arriya», «Churichoberri'ko trego-arriya» y otros.

Examinó asimismo las grutas y extrañas peñas e hizo un detenido estudio de la leyendaria «Erroldan arriya», en la que no se le escaparon ciertas analogías con relación a los conocidos en Irlanda y Escocia con los nombres de *Oghan*.

Ya se sabe que las inscripciones que se conservan en Escocia e Irlanda y se las denomina *Ogmicas*, se atribuyen a los primitivos moradores de la Península Ibérica, que en épocas prehistóricas se trasladaron a la Gran Bretaña, estableciéndose en ella y grabando el suceso en esos monumentos testigos mudos de sus legendarias andanzas.

No faltaron colaboradores en la obra iniciada por el inolvidable Iturralde y Suit que ampliaron los descubrimientos hasta entonces efectuados; y fuerza será señalar en este aspecto la actuación, siempre valiosa, del incansable sabio y competentísimo profesor D. Telesforo de Aranzadi.

Pero la intervención del Sr. Aranzadi no se ha limitado a Navarra, sino que se ha extendido asimismo a Guipúzcoa con evidente beneficio de los estudios prehistóricos.

En Guipúzcoa hace bastantes años que se intentaron, aunque en pequeña escala, algunas investigaciones que puede decirse se concretaron a las cuevas de Aitz-bitarte en Landarbaso.

Aun recordamos la exposición de objetos hallados en dicho lugar, que se exhibía en aquella sociedad donostiarra llamada « Euskal batzarre » y que andando los años y merced a sucesivos cambios, se transformó en la actual « Sociedad de Amigos del País ».

Actualmente se ha dado un gran impulso a estos descubrimientos que, con la ayuda de la Excma. Diputación provincial de Guipúzcoa, llevan a cabo el infatigable arqueólogo D. Telesforo de Aranzadi y el competente profesor del Seminario de Vitoria D. José Miguel Barandiarán.

Han hallado buen número de dólmenes, de los que se anuncia detallada relación, así como de los objetos prehistóricos descubiertos en los mismos.

En Vizcaya, y aparte de la cueva de Armiña, situada cerca de Lequeitio y explorada ya con detenimiento, se encuentra la de Balzola, situada a cinco kilómetros de Dima y en la que se han descubierto pinturas murales paleolíticas, que le prestan grandísimo interés.

La Comisión de Monumentos de Vizcaya, penetrada de la grandísima importancia que para el estudio de la prehistoria ofrece el último descubrimiento, se apresta a explorar, examinar y estudiar la cueva de Balzola, con ese calor y entusiasmo propios de nuestros hermanos los vizcaínos.

Trabájase, pues, en todo el país vasco con verdadero ahinco en descubrir, por medio de la difícil ciencia arqueológica, el misterio que encubre el pasado de nuestra raza.

No es de presumir queden defraudados los nobles propósitos de estos denodados obreros de la ciencia; antes por el contrario, es de esperar que lenta pero seguramente lograrán abrir el surco por donde que-

pa vislumbrar aquella civilización primitiva del pueblo vasco, anterior a todas las invasiones; aquella civilización de cuya existencia tenemos noticia cierta, pero cuyas características no han podido descubrirnoslas hasta ahora ni las inscripciones llamadas ibéricas, ni la antropología, ni la arqueología prehistórica.

No nos demos, sin embargo, por vencidos; el estudio continuado, el trabajo ininterrumpido, pueden llevarnos al logro de nuestros deseos, para prez y gloria de este honrado pueblo vasco, coetáneo de las pirámides de Egipto.

L. ALONSÓTEGUI

